

SUD-AMERICA

REVISTA CIENTIFICA I LITERARIA

SANTIAGO, AGOSTO 25 DE 1873

LA JUDICATURA I LA ABOGACIA EN CHILE

LO QUE ES I LO QUE DEBERIA SER

Chile, seguro hoy hasta cierto punto del afianzamiento de sus instituciones, de su paz interior i de la marcha fácil i cómoda de su comercio i de su industria, estudia hoy con empeño i con la serenidad i reposo del pensador, las cuestiones sociales de cuya solucion pende su futura grandeza.

La cuestion de enseñanza, preocupacion constante de los hombres públicos de todos los paises, está en la actualidad siendo objeto de un grandioso debate ante la Representacion Nacional.

Coetáneos a ese problema, mas o menos íntimamente ligados a él, se alzarán en breve muchos otros que merecen preocupar harto seriamente la atencion del pais, i que desde tiempo atras han sido señalados como punto de estudio por los mas célebres de nuestros publicistas.

Entre ellos merece un lugar privilegiado el que trata de la Administracion de Justicia.

Hacer de la Justicia el baluarte mas seguro de los derechos individuales; darle independencia, luces, prestigio, honorabilidad; evitar las desconfianzas, los recelos i sospechas que pueden existir entre justiciables i justiciados, son de por sí propósitos harto dignos de un serio estudio, i de un trabajo mil veces mas serio aun.

ENSAYO

SOBRE

LA CONDICION SOCIAL DE LA MUJER

EN CHILE

(Lectura hecha en la Academia de Bellas Letras.)

En verdad que yo misma me sorprendo de mi audacia. Con qué título vengo a reclamar de vosotros algunos momentos de atencion?

Quién soi? Una desconocida, una estraña en este recinto. Pero, soi mujer, lo que me da derecho para esperar me escuchéis con benevolencia.

Vengo arrostrando preocupaciones, i quizás conveniencias sociales, a levantar mi débil voz en medio de vosotros. Para manifestar primero mi agradecimiento al señor Hostos, por su elocuente discurso, pronunciado en reclamo de nuestros derechos, i para unir mis esfuerzos en seguida, a los de este notable escritor, i deciros con él:

Educad a la mujer, dad a su intelijencia las luces que no se niegan al último de los hombres.

Si como dicen los Estatutos de esta Academia, perseguís la afirmacion i el triunfo de las verdades demostradas por la ciencia, dadnos tambien a nosotras la facultad de conocer esas verdades.

Pero, mientras nos dejeis en la sombra, serán ineficaces i vanos nuestros trabajos. Todos los errores encontrarán en nuestra ignorancia una fácil acojida, i seremos su baluarte inexpugnable.

Vengo pues aquí a pedir luz para nuestra oscuridad.

Me atrevo a creer que, teniendo en cuenta la justicia de la causa que aquí me trae, sabreis disculpar mi temeridad. Temeridad tanto mas angustiosa cuanto que, siendo esta la primera vez que mis manos manejan una pluma para que el público pueda ser juez de lo que ella produzca, i existiendo como ya he dicho, costumbres i preocupaciones que he tenido que atropellar, mi mano tiembla. Solo el convencimiento profundo que me asiste de nuestro derecho, i el impulso irresistible de mi entusiasmo, pueden sostenerme en la difícil tarea que un arranque de justicia me obliga a llenar.

Si no se tratase mas que de vosotros, podríais decirme que me impongo una tarea inútil, puesto que, por unanimidad, habeis aprobado las conclusiones a que arribó el señor Hostos en el brillante discurso de que ántes he hecho mencion.

No es pues, a vosotros a quienes es preciso convencer de la necesidad que tiene la mujer de ser educada conforme al progreso que esta ciencia ha hecho en los últimos tiempos, i de la utilidad social que seria su consecuencia inmediata.

Desgraciadamente, no todos, qué digo, la mayor parte de los chilenos, si no me engaño, no están acordes en la conveniencia que habria de ilustrar el entendimiento de la mujer. Hablo de conveniencia, porque el derecho creo que nadie se atreva a negarlo.

Por eso yo aplaudí con toda mi alma la unanimidad de vuestra decision. Temia, lo confieso, que nuestras preocupaciones tuvieran entre vosotros algunos defensores. Entónces quizás me habria faltado arrojo para hacer oír mi voz, miéntras que ahora, contando con todos vosotros, no me falta. Es para los que están fuera de este recinto, para los que yo he querido hacer este ensayo.

Bien sé que no llevaré el convencimiento a esos espíritus tímidos, o mejor, engañados por ese eterno enemigo de toda innovacion, de todo progreso: el hábito.

Pero cuando se trata de la suerte futura de la mujer; cuando se trata de emanciparla, por medio de la ilustracion, de la tutela secular del hombre; cuando, en fin, de un ser máquina, como es la mujer actual, se quiere hacer un ser pensante, que conozca i sepa apreciar su destino, que aprenda a distinguir el

bien del mal para que sea responsable de sus actos; que pueda, por último, practicar uno de los mas preciosos atributos de la naturaleza humana, el libre albedrío, me ha parecido iba a decir que, cuando se pesan los destinos de esta mitad del jénero humano, tan calumniada a veces i tan apasionadamente defendida otras, la opinion de una mujer, por mui desautorizada que ella sea, siempre tendrá algun valor en tan delicada cuanto importante materia.

Estas consideraciones son las que dan ánimo a mi propósito. I aunque careciendo casi por completo de la ilustracion que seria necesaria para dar a la esposicion de mis ideas elevacion i claridad, me propongo trazar un cuadro de la condicion social de la mujer en Chile.

Para hacerlo, no tengo otro auxiliar que mi propio pensamiento, otro consultor que mi conciencia, ni otro apoyo que mis propias convicciones.

Hablo, pues, bajo mi sola responsabilidad.

Si por fortuna consiguiera atraer a nuestra causa a uno solo de esos espíritus aferrados a las antiguas tradiciones, me daria por satisfecha i mi tarea no habria sido estéril.

Sea como quiera, siempre habré llenado una aspiracion de mi alma, quejándome ante la opinion, ante vosotros, de la injusticia con que se han desconocido nuestros derechos, injusticia que, como dice Luis Blanc: "no se justifica por contar en su apoyo el doble carácter de la antigüedad i la perseverancia, porque tanto valdria en tal caso justificar la lejitimidad de la esclavitud por haber cruzado por toda la historia, o la del despotismo por ser tan viejo como el mundo."

Pasando ahora a considerar nuestra situacion actual en la sociedad chilena, que es la idea que sirve de base a este ensayo, me halaga la esperanza de poder llegar a demostrar que, aun sin sacar a la mujer del estrecho círculo de accion a que esta sociedad la tiene reducida, siempre la ilustracion que elevará su mente, será para ella un escudo en que irán a estrellarse todas las asechanzas del engaño i la fascinacion. I será todavía, una antorcha que ilumine ese cuadro oscurecido hoi por las preocupaciones i la ignorancia.

Concretaré mi pensamiento:

Puede decirse que bajo tres aspectos se presenta la mujer

chilena a nuestra consideracion. La mujer del hogar, la del gran mundo i la mujer devota.

Principiaremos por la mujer del hogar puesto que es este su carácter mas augusto i para muchos el único a que está destinada.

¿Cómo llena hoi la mujer esa santa mision de ser el ángel tutelar de la familia, la providencia de la casa?

No tememos decirlo: es la dueña de casa tradicional: que cuida de la comida, del lavado, del salario de los sirvientes, i de que los niños vayan al colejio. Una ama de llaves podria quizás reemplazarla con ventaja.

El esposo no encuentra en ella sino una especie de niño mas grande que los demas, a quien siempre tiene que dirigir; que toda la iniciativa, aun en las cosas mas pequeñas, la espera de él. Sus conversaciones se reducirán a las noticias mas frívolas del dia o a los cuidados domésticos. Si cavilaciones serias ocupan la mente del esposo, i necesita un amigo para que le ayude con sus consejos o para que solo trate de buscar con él la solucion que persigue, de donde quizás dependa el porvenir de la familia, de seguro que no lo encontrará en el hogar. Su mujer que, educada, estaria tan interesada como él en hallar esta solucion, no le comprenderia si, como es lo mas natural, tratase de asociarla a sus investigaciones. Permanecerá pues mudo i taciturno allí donde su espíritu debia esplayarse con mas libertad.

Ved ahí un hogar, en que falta lo que haria su mayor encanto; esa comunicacion íntima i profunda entre dos personas ligadas por comunidad de sentimientos, por comunidad de afectos, i todavia, por comunidad de intereses.

Seguidme ahora a los centros de lo que se llama entre nosotros, la alta sociedad, el gran mundo.

En el paseo, en el baile, en el teatro, en todas partes, la mujer es siempre la misma; insustancial i lijera.

Pasea por dejarse ver i por lucir un traje nuevo; irá al baile para ostentar un magnífico aderezo de brillantes, cuyo valor comparará con el de sus vecinas, lo que hará una de sus preocupaciones mas importantes de la noche.

En el teatro apenas sabe, muchas veces, lo que se ha representado; en cambio sabrá perfectamente el traje de cada una

de las concurrentes; dará sobre la materia los detalles mas minuciosos que se le exijan, cuando quizás se veria en conflicto para decir el título de la pieza que se ha representado.

Sus conversaciones se reducen jeneralmente a los chismes de barrio, a las últimas modas i a los casamientos en ciernes.

Pero, dicen algunos: "esa es la naturaleza de la mujer, inclinada a la frivolidad, subordina siempre las cosas grandes a las pequeñas."

Ah! digo yo, eso es lo que vosotros habeis hecho. Eso es lo que han hecho de nosotras, la falta de educacion i las costumbres que nos oprimen. Pero educadnos, ilustrad nuestra ininteligencia, dadnos primero a conocer las cosas grandes, i si despues permanecemos siendo frívolas i lijeras, tendreis derecho para decir que es nuestra la culpa.

De la mujer entregada al vértigo peligroso del gran mundo descendamos a la modesta devota, que solo aspira el perfume del incienso. Ese perfume, aspirado con profusion, es como el opio de los chinos: adormece i produce visiones i fantasmas. I lo que es mucho mas grave, conduce a uno de los extremos mas funestos para las sociedades: al fanatismo.

Tocamos aquí una de las fibras mas delicadas de nuestra sociedad.

A pesar nuestro, sentimos un secreto temor.

Es tan celosa de su perfeccion nuestra sociedad, cuando se le mira bajo este aspecto, que no admite de buen grado se le diga que podria ser mejor.

Pero, hemos tomado la pluma con el firme propósito de manifestar entero nuestro pensamiento. Como ya hemos dicho, escribimos alumbradas solo por la luz de nuestra conciencia, sin ningun cálculo premeditado: no podemos pues ocultar nada.

La devota lleva entre nosotros las prácticas relijiosas hasta un extremo que puede llegar a ser peligroso. Podemos decir, que no está léjos de nosotros un ejemplo de esta asercion: la desolada plaza de O'Higgins, que nadie puede contemplar sin que una contraccion de dolor oprima el alma. Allí se ostentaba no ha mucho un magnífico templo, i ese templo fué hoguera de tres mil mujeres, i esas tres mil mujeres fueron víctimas del exajerado celo relijioso.

Retrocedemos a la edad media.

La falta de ilustracion hace admitir sin exámen los absurdos mas inverosímiles: ya era un niño Dios que sudaba, ya era un buzón establecido para el cielo, ya una endemoniada que se ponía en espectacion i a quien todo el mundo acudia a contemplar. Mas tarde, son terribles profecías hechas por una inspirada, que introducen la alarma en mas de un hogar. Como la antigua Sion, Santiago caerá bajo las maldiciones del profeta.

Habrá aun quien diga: la mujer es propensa a dejarse alucinar, su imaginacion demasiado ardiente gusta de lo maravilloso.

Ah! cuándo la ignorancia no ha tenido los mismos gustos?

Recorred la historia de todos los pueblos en su oríjen, i no encontrareis ninguno cuyas tradiciones no estén llenas de las mas absurdas i estravagantes fábulas, i las mujeres aquí, no hemos salido aun de nuestra primera edad.

Empero, dad vida a nuestra intelijencia, dadnos aire para desplegar las alas del pensamiento, i entónces, i solo entónces, se sabrá para lo que somos aptas, de lo que somos capaces.

Me parece haber recorrido las diferentes esferas de accion, en que la mujer chilena ejerce su actividad.

Antes de continuar, declaro con toda sinceridad, que estoi cierta habrá muchas i honrosas escepciones a los cuadros que he pretendido bosquejar. Yo misma conozco un gran número. Mas cuando se habla de una sociedad cuyos defectos se quieren señalar, no es posible racionar por escepciones.

Hecha esta aclaracion, que he creido necesaria para acallar las protestas que mis apreciaciones pudieran levantar con justicia, continuemos.

No me causaré de repetir que, ilustrando a la mujer, desarrollando su intelijencia por medio de una educacion completa i esmerada, haciéndola capaz de juzgar por sí misma de todo lo que la rodea, la veríamos trasformarse como por un efecto mágico en las diferentes esferas de accion en que la hemos seguido hasta aquí.

Así, cuando llegase para ella ese hermoso dia en que una corona de azahar adorne sus cabellos, en que su tierno corazón palpita lleno de esperanzas i de temor, sabrá comprender lo

que significan para su porvenir los lazos que va a contraer. Marchará con paso cierto a pronunciar al pié de los altares el juramento que va a encadenarla por toda su vida. Comprenderá que este juramento no debe pronunciarse sino llenando las necesidades de su alma, las aspiraciones de su lejítimo orgullo i los dictados de su conciencia. Se realizaria entonces la union de las almas, que es el ideal de la felicidad. Las penas, las alegrías, los sinsabores, todo seria comun. El hombre encontraria en ella una compañera a su altura i nó una inferior, como sucede actualmente.

Si alguna vez su espíritu decaia en los rudos combates de la vida, la mujer con esa abnegacion que es una de sus grandes cualidades i que se haria mayor, siguiendo el crecimiento de las demas, sabria sostenerlo. Serian en fin dos fuerzas para soportar esa preciosa carga que constituye una familia.

A impulso de la ilustracion, ese gran motor de las intelijencias, la mujer ejerceria una influencia poderosa i eficaz en la sociedad.

Su imperio, que no estaria como hoi, fundado en la efímera duracion de su belleza, o en la baja codicia de un gran dote, que hacen en la sociedad presente los grandes méritos de una mujer, podria contar con una existencia tan larga como su vida, cuando la intelijencia entrase a disputar el cetro a estos dos soberanos que el tiempo o un soplo de mala fortuna pueden destronar.

El gran mundo, centro hoi de frivolidad i competencias mezquinas, se convertiria de esta manera en un foco de intelijencia i buen gusto.

La educacion elevaria el espíritu de la devota. Si para algo se requiere elevacion de espíritu, es sin duda alguna para contemplar a la divinidad. Así, nuestra sublime relijion católica, que es toda caridad i amor, i que es altamente espiritual, seria comprendida i practicada segun su esencia.

Si el fanatismo quisiese buscar entre nosotras un albergue, tendria que retirarse. Habria demasiada luz para este habitante de las tinieblas.

Ahora, si como es mi opinion, la mujer tiene derecho a desarrollarse en una esfera de accion mucho mas vasta que el círculo fatal a que nuestro estado de cosas nos tiene reducidas,

no se comprende la razon por qué no se le darian las facultades de abarcarlas.

La mujer, dicen, ha nacido solo para ser esposa i madre.

Concedido.

Si hemos nacido bajo la presion de un decreto divino, no temais que faltemos a él.

Empero, dadnos a conocer los distintos caminos abiertos a nuestras aptitudes, si despues tomamos el único que, segun vosotros, nos está destinado, tendreis derecho para firmar la sentencia.

Mientras tanto, nos señalais un derrotero, uno solo; tomamos por él ¿i os creéis triunfantes?

¡Tened cuidado! que, rompiendo las cadenas que nos sujetan, no vayamos a ser vuestras competidoras en todo lo que habeis declarado vuestro esclusivo patrimonio.

Ademas, para limitarnos así a un solo destino, seria preciso retroceder a los tiempos de las Saras i de las Raqueles. I siendo justos los hombres, debian todos empuñar el arado, que abre la tierra para recibir la semilla, o el cayado de los pastores que cuidan del ganado, para el sustento de la familia.

Nada mas necesita la humanidad para vivir.

Pero, queréis progresar vosotros? Quereis haceros hombres de ciencias, de artes, de letras? desdeñais aquellos trabajos como propios de la jente ignorante, i pretendéis que nosotras no sigamos la marcha del progreso humano? Que permanezcamos enclavadas a la única mision que nos dieron en la primera edad?

Ah! pretendéis un absurdo, no vacilo en afirmarlo.

No se me escapa que, como dije al principio, habrá infinitos para quienes lo que acabo de decir, serán exaltaciones de cerebro femenino.

No me sorprende.

Es la historia eterna de toda reforma, de todo progreso.

Hai siempre un gran número de espíritus medrosos, a quienes todo lo nuevo espanta.

En nuestro pais, quizás mas que en otro alguno, existe esto que podria llamarse el lastre de la nave.

Eso la impide zozobrar, dicen.

Bien puede ser; pero entre tanto, los que deseamos que marche mas rápida i liviana, seguimos remando.

El demasiado lastre puede traer el peligro de encallar. Es preciso seguir el flujo i reflujó de las mareas.

Aun tendria que agregar muchas consideraciones que saltan a mi mente, pero temo estar abusando de vuestra induljencia. Voi pues, a concluir.

Quizás se han escapado tambien a mis investigaciones, algunos detalles.

Hai entre nosotros sociedades de beneficencia, compuestas i dirigidas por señoras, i creo que tambien una comision visitadora de escuelas primarias.

Léjos de mí la idea de no reconocer en estas instituciones una alta importancia social. Mas por lo mismo, llevad tambien ahí la prodijiosa luz de la ilustracion, i a su influjo vereis tomar nueva forma i estension a esos poderosos auxiliares de la civilizacion, en provecho de las clases desheredadas.

Dejo para despues ocuparme de la mujer del pueblo, de cuya educacion nada he dicho en este ensayo.

Terminaré mi tarea por hoi; la continuaré mañana, si es que puedo contar con vuestra aprobacion i aliento en favor de una mujer que ha tenido el valor de ser la primera que, entre nosotros haya levantado el estandarte de las sociedades modernas: *Emancipacion de la mujer.*

Santiago, julio 1º de 1873.

LUCRECIA UNDURRAGA VIUDA DE S.